



Caminando juntos

Jornada Mundial de la Vida Consagrada



- Presentación de la Comisión Episcopal para la Vida Consagrada
- Testimonios
- Magisterio

2 de febrero de 2022

www.conferenciaepiscopal.es

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

PRESENTACIÓN

«Caminando juntos»

«La vida consagrada está en el corazón mismo de la Iglesia» (*Vita consecrata*, n. 3). Son las palabras de la exhortación apostólica postsinodal sobre la vida consagrada que, recogiendo el rico caudal de la herencia conciliar, ha marcado, como brújula segura, el camino de todos los consagrados en los últimos veinticinco años. Como don precioso y necesario para todos los cristianos, la vida consagrada despliega su ser en la vida, la santidad y la misión eclesial.

Siguiendo la estela del Concilio Vaticano II, el papa Francisco ha emplazado a todo el pueblo de Dios a situarse en «modo sinodal» convocando un Sínodo bajo el título «Por una Iglesia sinodal: comunión, participación y misión», que culminará en octubre de 2023. La mirada está puesta en «encaminarnos no ocasionalmente, sino estructuralmente hacia una Iglesia sinodal»¹. La razón ya la había explicado el papa unos años atrás: «El camino de la sinodalidad es el camino que Dios espera de la Iglesia del tercer milenio». Y la Iglesia «no es otra cosa que el “caminar juntos” de la grey de Dios por los senderos de la historia que sale al encuentro de Cristo el Señor»².

En un sentido amplio y de modo más genérico, la sinodalidad vendría a designar:

El estilo peculiar que califica la vida y la misión de la Iglesia expresando su naturaleza como el caminar juntos y el reunirse en asamblea del pueblo de Dios convocado por el Señor Jesús en la fuerza del Espíritu Santo para anunciar el Evangelio. Debe expresarse en el modo ordinario de vivir y obrar de la Iglesia. Este *modus vivendi et operandi* se realiza mediante la escucha comunitaria de la Palabra y la celebración de la eucaristía, la fraternidad de la comunión y la corresponsabilidad y participación de todo el pueblo de Dios, en sus diferentes niveles y en la distinción de los diversos ministerios y roles, en su vida y en su misión³.

¹ FRANCISCO, *Discurso en el momento de reflexión en el inicio del proceso sinodal* (9.X.2021).

² FRANCISCO, *Discurso en la conmemoración del 50.º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos* (17.X.2015).

³ COMISIÓN TEOLÓGICA INTERNACIONAL, *La sinodalidad en la vida y la misión de la Iglesia*, 2018.

Los consagrados son «buscadores y testigos apasionados de Dios»⁴ en el camino de la historia y en la entraña de la humanidad. Caminar juntos es un ejercicio de necesidad y una experiencia de belleza. La necesidad nace de la exigencia de la Iglesia de fortalecer las sinergias en todos los ámbitos de misión. La belleza brota al contemplar el testimonio de quienes son llamados por la misma vocación a vivir en fraternidad y dar la vida por el reino al servicio de los hermanos.

De este modo, recogiendo la invitación del papa Francisco, la XXVI Jornada de la vida consagrada lleva por lema «La vida consagrada, caminando juntos». Al evocar la categoría *camino*, no podemos sino volver nuestra mirada al mismo Jesús que se proclamó «camino, verdad y vida» (Jn 14, 6), recorrió el camino de subida a Jerusalén hasta la cruz para establecer una nueva alianza entre Dios y los hombres (Lc 9, 51) y, una vez resucitado, y «se puso a caminar con ellos» (Lc 24, 15) para descubrir a los discípulos la verdad de la Palabra, la fuerza del sacramento y el dinamismo de la misión. Recogiendo la experiencia del Señor, la fe de los primeros cristianos fue identificada como «el camino» y en los primeros pasos de la comunidad apostólica tenemos ya un referente fundamental en el Concilio de Jerusalén (Hch 15), donde las categorías *camino*, *discernimiento* e *Iglesia* encontraron su punto de encuentro y llegaron así a cristalizar en la doctrina de los Padres: «Sínodo es nombre de Iglesia»⁵.

Para la vida consagrada, la invitación a caminar juntos supone hacerlo en cada una de las dimensiones fundamentales de la consagración, la escucha, la comunión y la misión.

Caminar juntos en la consagración significa ser conscientes de la llamada recibida, la vocación compartida y la vida entregada. En el fondo, supone darse cuenta de que a Dios solo se le encuentra caminando. Solamente cuando nos ponemos en búsqueda (*Tu rostro buscaré, Señor*) y nos dejamos encontrar por él, se produce el encuentro milagroso entre la llamada divina por pura gracia y la respuesta humana total, absoluta y sin condiciones. Compartir el camino como peregrinos de la eternidad recuerda a todos la fuerza de la dimensión profética de

⁴ BENEDICTO XVI, *Discurso a los superiores y superiores generales* (26.XI.2010).

⁵ J. CRISÓSTOMO, *Expositio in Psalmum 149*: PG 55, 493.

la vida consagrada, que encuentra su fuente en la *sequela Christi* y en la fuerza de la fidelidad de saber por quién han sido llamados y de quién se han fiado (cf. 2 Tim 2, 12). Cuando las personas llamadas a una especial consagración son capaces de desplegar esta confianza plena en Dios, entonces es posible que sean una voz y una interpelación «para despertar al mundo». La convicción de que este tiempo sinodal es tiempo de gracia y tiempo del Espíritu anima a todos los consagrados a fortalecer la consagración viviendo este momento como una oportunidad de encuentro y cercanía con Dios y los hermanos.

Caminar juntos en la escucha de la Palabra de Dios. Este camino común para encontrar a Dios solo se puede hacer desde la escucha, que es otra de las claves fundamentales de la sinodalidad: «Una Iglesia sinodal es una Iglesia de la escucha, con la conciencia de que “escuchar es más que oír”»⁶. Agudizar el oído para escuchar al Espíritu, a los hermanos con los que se comparte la vida y a la humanidad herida con sus gozos y tristezas es la mejor garantía para caminar juntos por las sendas de la fidelidad a la propia vocación. La vida consagrada, que nace de la escucha de la Palabra y acoge el Evangelio como norma de vida, puede ser considerada «como una “encarnación” de la misma Palabra de Dios escuchada, meditada e interiorizada»⁷. Es tiempo de intensificar la oración, que es, para toda vida cristiana, como el aire que necesitan nuestros pulmones. Por su parte, la verdadera escucha requiere de tres condiciones: reciprocidad, respeto y compasión. Se hace necesaria siempre sincera comunicación, empatía hacia el otro y apertura de corazón para recibir la verdad que nos pueda comunicar. Solo así, los consagrados pueden encontrar los caminos de un genuino crecimiento y convertirse en testimonio interpelante en medio de la sociedad, que en ocasiones cierra sus oídos a la voz de Dios y al grito de los más débiles.

Caminar juntos en la comunión. Los consagrados están llamados a ser en la Iglesia y en el mundo «“expertos en comunión”, testigos y artífices de aquel “proyecto de comunión” que constituye la cima de

⁶ FRANCISCO, *Discurso en la conmemoración del 50.º aniversario de la institución del Sínodo de los Obispos*, o. c.

⁷ M. GRECH, *Carta a los hermanos y hermanas llamados a la vida monástica y contemplativa* (28.VIII.2021).

la historia del hombre según Dios»⁸. Esta comunión se ha manifestar, en primer lugar, con Dios, amado sobre todas las cosas; además, con todos aquellos con los que en la experiencia cotidiana comparten vida, oración y misión configurando así un *signum fraternitatis*; finalmente, la comunión se extiende a toda la humanidad necesitada de restañar heridas y curar llagas. La comunión eclesial, que no supone uniformidad, es el sello de discernimiento y verificación del camino sinodal. Por eso, caminar juntos en unidad y armonía invita a los consagrados a fortalecer la comunión dentro de las mismas familias carismáticas; con otros institutos favoreciendo la intercongregacionalidad; y, sobre todo, en la Iglesia local, intensificando la implicación y la participación en la vida diocesana.

Caminar juntos en la misión supone descubrir «la dulce y confortadora alegría de evangelizar» (EN, n. 80) y experimentar simultáneamente la alegría de creer y el gozo de comunicar el Evangelio. Sabemos que una Iglesia sinodal es una Iglesia en salida y que la sinodalidad está ordenada a animar la vida y la misión evangelizadora de la Iglesia. La misión en clave sinodal pasa por el diálogo, la escucha, el discernimiento y la colaboración de todos los actores de la acción misionera. Para la vida consagrada, caminar juntos en misión supone reforzar la corresponsabilidad y el compromiso en la misión de la Iglesia local aportando sus dones carismáticos sin perder nunca de vista la disponibilidad a la Iglesia universal. Esta misión que se ha de llevar adelante en comunidad misionera se traduce en múltiples formas, ya sea desde la oración del claustro, la liturgia de la parroquia, la habitación del hospital, la clase de la escuela o en el encuentro a pie de calle. Los consagrados, cada uno con sus dones y carismas, contribuyen a enriquecer la misión de la Iglesia e incluso a posibilitar que la semilla del Evangelio pueda llegar capilarmente a ámbitos mucho más profundos.

Mientras avanzamos en el camino sinodal, damos gracias a Dios por el don de la vida consagrada que enriquece a la Iglesia con sus virtudes y carismas y le muestra al mundo el testimonio alegre de la entrega radical al Señor. Mientras siguen siendo *memoria Iesu* y signo

⁸ FRANCISCO, *Carta apostólica a todos los consagrados con ocasión del Año de la Vida Consagrada* (21.XI.2014), n. 2.

escatológico, las personas consagradas edifican el Cuerpo de Cristo y son testigos del reino en medio del mundo. De esta manera, soñando juntos, rezando juntos y participando juntos contribuyen decisivamente para que la Iglesia sinodal no sea un espejismo, sino un verdadero sueño que pueda hacerse realidad⁹.

Comisión Episcopal para la Vida Consagrada

⁹ Cf. J. BRAZ DE AVIZ, *Carta a todos los consagrados y consagradas* (24.VI.2021).

TESTIMONIOS DE VIDA CONTEMPLATIVA

«Caminando juntos»

Mi nombre es Pilar y soy monja cisterciense de la Estrecha Observancia, también conocida como Orden de los Trapenses. Pero claro está, esto no fue siempre así. Recuerdo que cuando dije que me sentía llamada a seguir a Cristo en la vida monástica, los comentarios no se hicieron esperar. Bastantes personas, incluso de la Iglesia, me cuestionaron la decisión y el argumento más repetido era que siendo monja contemplativa me desentendía de la vida real, del mundo, de mi familia, de mis amigos y de un trabajo con una implicación social importante. Veían que era una opción libre, pero que me dejaba al margen de la vida: amor, felicidad, pasión, compromiso...

Yo misma al intuir esta llamada del Señor me había cuestionado de un modo similar y tuve una lucha interna con el Señor, esperando que todo esto fuera una lluvia de primavera que pasa rápidamente. Pero no fue así, al contrario, el Espíritu Santo me fue abriendo los ojos, el oído del corazón para poder escuchar. Y descubrí algo nuevo. Ser monja no me situaba al margen, no me desentendía, de la vida de la Iglesia, ni de ninguna vida; al contrario, me situaba en el centro allí donde nada ni nadie me es ajeno. Y donde el horizonte de la vida lejos de empequeñecerse se abre hasta el infinito. Evagrio Póntico describía al monje como «el que está separado de todo pero unido a todos».

Una sencilla imagen propuesta por los padres del monacato me introdujo en una corriente de vida nueva, la de la comunión. Cuando escuché la exhortación del papa a caminar juntos en este camino sinodal, pensé en compartir esta experiencia, perfectamente extrapolable, por si puede ser de ayuda en este camino que estamos llamados a recorrer juntos.

En una comunidad monástica, como ya hacía notar san Bernardo, hay personas venidas de lugares diferentes, con diferente estatus social, económico, cultural...; en definitiva, personas muy distintas que si no fuese por haber sido convocadas por el Señor a una vocación y a un lugar determinados, posiblemente nunca se hubieran relacionado o, al menos, no de un modo tan intenso.

¿Cómo poder hacer de ellas una comunidad que camina, busca, en la que se puedan acoger, querer y ayudarse los unos a los otros a *hacer camino*?

La respuesta es sencilla: cada uno de los miembros de la comunidad monástica, de la comunidad eclesial, somos como los radios de una rueda. Si los radios tienden al centro de la rueda, allí se juntan. Los radios somos cada uno de los cristianos, el centro de la rueda es Dios. Si confluimos en el centro, Dios, los que éramos diferentes, separados... nos encontramos, no solo eso, sin perder la impronta de nuestro ser, podemos estar en comunión con aquellos con quienes nunca lo hubiésemos sospechado. La comunión es un don de Dios. Si el radio no está unido, queda en paralelo al resto y entonces no cabe el encuentro.

Al mismo tiempo la rueda tiene un dinamismo que hace caminar, avanzar. Los radios sueltos entorpecen el movimiento. Tarea es del resto ayudar a aquellos que están despistados para que nadie quede descolgado, aunque a veces el movimiento se vea enlentecido.

Caminar juntos, en comunión, es algo hermoso, maravilloso, que produce alegría; pero también, un consejo de la vida monástica: el camino es largo y la tentación aparece de múltiples maneras, para ponerla en su sitio y que no gobierne sobre nuestras vidas, es importante nombrar la tentación, que puede ser cansancio, desaliento, derrotismo, el juzgar a aquellos que tienen una sensibilidad distinta a la mía; por el contrario, debemos aprender a escuchar, descubrir aquello que tienen y aprender de ellos... y por encima de todo perseverar en la humildad.

El camino que nos propone el papa es una carrera de fondo, peregrinos en este mundo nos dirigimos hacia nuestra verdadera vida eterna. Por supuesto sin desentendernos del aquí y ahora, pero los ojos fijos en la meta. Caminar juntos es el modo más seguro de llegar a puerto, pero también supone un camino de conversión personal, de aprender a escuchar, a amar, a negarse a sí mismo...

Como el papa ha repetido en más de una ocasión, adentrarnos en este camino sinodal supone entrar en un proceso de conversión personal. Un auténtico don, el que se nos ofrece de vivir cimentados en la roca que es Cristo.

Acabo con una cita de san Benito que recoge lo dicho anteriormente: «No antepongamos absolutamente nada a Cristo, el cual nos lleva a todos juntos a la vida eterna».

Desde el monasterio nos sentimos en plena comunión con toda la Iglesia y, con ella, *nos ponemos a caminar* desde nuestro propio carisma eclesial participando, por un lado, en las actividades que desde la diócesis se nos proponen y, por otro, con nuestra oración. Sin duda lo mejor que podemos aportar a este camino sinodal, al celebrar esta Jornada de la Vida Consagrada.

HNA. PILAR GERMÁN
Monasterio de Alloz, Navarra

«La vida consagrada, caminar juntos»

Jesús nos enseña a caminar

La vida consagrada aprende en el Evangelio el caminar de Jesús. Siempre junto a otros: junto al Padre, junto a sus discípulos, junto a los necesitados y humildes. Jesús camina con nosotros no como peregrino advenedizo sino como el samaritano de la parábola, haciéndose cargo de nosotros. Él es el buen samaritano por excelencia que tomó sobre su cabalgadura a toda la humanidad herida en el camino de la vida (Orígenes). Y no dudó en mancharse con nuestro barro para aprender por experiencia lo que ya sabía por naturaleza (san Bernardo).

La vida consagrada, en su afán de seguir las huellas de Cristo, intenta caminar junto a los otros de esta manera, implicándose, manchándose las manos. A veces, saliendo herida por su fidelidad a esta manera de hacer.

La vida consagrada experta en comunión

Para muchos consagrados la vida comunitaria es nuestro ámbito vital evangélico. Creo que se puede decir que la calidad de nuestra vida consagrada se mide por la calidad de nuestra vida fraterna. Porque cómo podemos decir que amamos a Dios a quien no vemos si no amamos a nuestro hermano a quien vemos. Y nuestro hermano más próximo, más prójimo, es el que tenemos más cerca. Evidentemente no se trata de intentar crear «comunidades-estufa», para sentirnos bien, porque en último término toda comunidad consagrada, como la Iglesia misma, existe para la extensión del reino y del Evangelio (*Evangelii nuntiandi*), pero también hemos de ser conscientes de que la extensión del reino de Dios empieza por nuestra propia casa y por nuestro propio corazón.

La comunidad consagrada como don y como reto

Los primeros cristianos atraían a los paganos al ver su amor mutuo, el único mandamiento que Jesús nos dio. La vida fraterna de los consagrados también ejerce este atractivo cuando vive así. Porque lo que Dios es en sí, comunidad, lo realiza ya en esta tierra. El amor une lo

diverso pero no iguala, no pasa el rasero y «arrasa» las diferencias, sino que, como en Dios mismo, une con una fuerza sin igual y a la vez sostiene al otro en su diferencia y lo hace crecer en ella. En comunidad lo que es de uno es de todos y lo que es de cada uno es de los demás (*singula omnium, omnia singulorum*) (san Agustín). Y esto sobre todo de los dones espirituales, de manera que uno puede decir que tiene en los demás lo que no encuentra en él y viceversa. ¡Misterio de comunión!

La comunidad consagrada es reto porque nos saca de nosotros mismos. Nos sirve de medida y de espejo, devolviéndonos como en imagen aquello que realmente somos. Nos pide que continuemos cada día el camino de la conversión y no nos abandonemos. Esta es una exigencia cotidiana que al cabo del tiempo puede dejarnos exhaustos. Una psicóloga experta en atender a consagrados constataba cómo en muchas comunidades había algún miembro que había desistido de la vida común, y a la vez comprobaba que la comunidad nunca lo había abandonado.

Complementariedad hombre-mujer

Cada vez más en la vida consagrada vamos caminando juntos hermanas y hermanos como hermoso testimonio de que todos estamos al mismo nivel pero con sensibilidades diferentes y complementarias. Los que formamos parte de una única orden con dos ramas, masculina y femenina, con las mismas estructuras de gobierno, sabemos lo que esto significa: dialogar, escucharnos y llegar a acuerdos mutuos; todo ello enriquece enormemente; nos hace bien como personas y como consagrados.

Intercongregacionalidad-colaboración con laicos

La necesidad, la disminución, el envejecimiento están creando formas nuevas de caminar juntos entre nosotros. Es la creatividad de la caridad que en todos los tiempos ha suscitado en la vida consagrada aquello de sacar cosas nuevas y viejas del arcón.

Esta disminución ha llevado a bajarnos del pedestal donde inconscientemente quizá nos habíamos subido. Caminamos al lado de los demás o, quizá, bajo los demás, a su servicio. Esto es lo que quiere decir, a mi forma de ver, aquel imitar más de cerca a Cristo, con el que definía

la *Perfectæ caritatis* la vida religiosa. Esta disminución generalizada nos acerca más a Cristo, cuya *kénosis* forma parte de la esencia de nuestra vida. Un auténtico signo de los tiempos que debemos discernir, no simplemente lamentar como una fatalidad.

Caminar junto con los demás. Escucharlos

Dar a los demás nuestro tiempo y «nuestra oreja» es quizá una de las formas mejores de darles su valor como persona e hijo de Dios. Hacer cosas por los demás, trabajar por ellos puede llevar aparejado un sibilino orgullo. «Me siento realizado, satisfecho», decimos a veces. Pero aquí el punto de referencia somos nosotros, no el otro. Es un tipo de egoísmo, de autorreferencialidad que conviene evitar.

A veces creemos que escuchamos a los demás, pero esto no es tan frecuente. Para escuchar al otro lo primero que hay que hacer es simplemente callarnos, cosa también difícil para muchos de nosotros, cuya tarea es hablar, predicar, enseñar, aconsejar... Solo la escucha puede llevarnos a un verdadero discernimiento, algo absolutamente necesario en el proceso sinodal en el que toda la Iglesia está embarcada. La escucha tiene que incluir a nosotros mismos, a los hermanos y a Dios. Y por este orden. Si nos desconocemos a nosotros mismos, si no nos damos tiempo para escuchar y comprender los anhelos de nuestro propio corazón, tampoco lo haremos con los demás por mucho que creamos lo contrario y tampoco escucharemos al Dios del Evangelio. «Escucha, hijo [...], inclina el oído de tu corazón» son las primeras palabras de la Regla Benedictina, que para mí son el resumen más perfecto de su camino espiritual.

FRAY ROBERTO DE LA IGLESIA, MONJE CISTERCIENSE
Monasterio de San Pedro de Cardeña, Burgos

TESTIMONIO DE VIDA RELIGIOSA APOSTÓLICA

«Haciendo camino al andar»

Soy fray Federico, fraile menor capuchino italiano. Desde hace casi cuatro años estoy en nuestro convento de León, donde nuestra orden ha iniciado un proyecto de pequeña comunidad internacional en el camino de Santiago de Compostela.

Nuestra fraternidad ofrece su servicio a los peregrinos que llegan de todo el mundo y pasan por nuestro albergue a diario (unos doce mil al año). Todos los días por la tarde me dedico a encontrarme con ellos para recibirlos e invitarlos a visitar nuestra iglesia y nuestro convento. Es una oportunidad para exhortarlos a hacer un camino interior y espiritual y, como Francisco de Asís, tener el valor de buscar y encontrar el espíritu de Dios en contacto con la naturaleza. Para los que quieren, los frailes estamos disponibles para un servicio de diálogo y escucha, donde normalmente se comparte algo sobre el camino, sus motivaciones para realizarlo y sobre la vida. También existe la posibilidad de recibir el sacramento de la reconciliación. Por la noche se celebra la eucaristía y al finalizar la misa los peregrinos reciben la bendición para partir al día siguiente y continuar su camino.

Nuestra fraternidad también está involucrada durante todo el año en la asistencia a los pobres, ofreciendo alimentos y material para la higiene personal a unas cien familias.

Además, nuestra iglesia es un punto de referencia para las confesiones de los fieles de la ciudad y los lugares vecinos.

El padre Luis Ángel, nuestro obispo, nos pidió que animáramos el servicio del diálogo ecuménico e interreligioso en la diócesis.

También la fraternidad, durante más de cincuenta años, ha estado involucrada con una escuela profesional. El obispo de la época pidió a los frailes que iniciaran un servicio social para enseñar a los jóvenes una profesión. Participo con el equipo pastoral del colegio para animar la vida espiritual de los alumnos con actividades periódicas y si los alumnos lo solicitan estoy disponible para un servicio de diálogo y escucha.

Vivir en una fraternidad internacional es un gran desafío. No escondiendo mis dificultades iniciales para aprender la lengua y vivir en un contexto cultural diferente al de origen, sin embargo la comunidad, en los distintos ámbitos en los que se encuentra comprometida pastoralmente, me ofrece la oportunidad de vivir más intensamente nuestro carisma franciscano capuchino a través de un camino que estamos haciendo viviendo la oración y el trabajo para abrirnos juntos a la misión, encontrando hombres y mujeres de todas las culturas, lenguas, espiritualidades y convicciones no religiosas con quienes caminar juntos por la construcción de un mundo más unido, impulsados por la oración de Jesús al Padre «para que todos sean uno» (Jn 17, 21), con respeto y aprecio por la diversidad. Y para alcanzar este objetivo estamos fomentando el diálogo, en el esfuerzo constante por construir puentes y relaciones de hermandad entre las personas, los pueblos y las esferas culturales.

¡Juntos y con la colaboración de todos podemos vivir la comunión, participación y misión samaritana!, acogiendo y reflejando la presencia del Espíritu a los hombres de nuestro tiempo.

FRAY FEDERICO ALBINI, OFM CAP.
León

TESTIMONIO DE INSTITUTOS SECULARES

«Caminando juntas, construimos fraternidad»

Mi andadura en el IMS es muy larga. Desde el principio de este caminar, he ido aprendiendo y profundizando, junto con esta comunidad de referencia que es para mí el Instituto, *cómo responder con disponibilidad a la llamada del Señor a seguirle, viviendo y siendo consciente de mi consagración secular, en cualquier circunstancia de la vida.*

Ha sido un proceso en el que *he querido* (hemos querido), *ayudarnos y dejarnos ayudar a vivir*, con la ayuda de la oración personal y comunitaria y la lectura y profundización en la Palabra de Dios, del acompañamiento de los «Medios IMS» (Equipo y Acompañamiento Personal) y del compartir en la zona (comunidad más cercana), *a discernir evangélicamente* lo que Jesucristo espera de cada una, *siendo coherentes con la espiritualidad y misión de nuestro Instituto.* Misión y tarea que me hubiera sido imposible realizar con gozo, sin haber cuidado esta dimensión comunitaria y participativa.

Además, *me he sentido impulsada y acompañada* a poner los medios adecuados para *vivir comprometida*, junto con otras personas y grupos en la *construcción de una sociedad diferente al servicio a los pobres, según los valores del reino de Dios:* la paz y la justicia, la verdad y la transparencia, la fraternidad y el respeto a cada persona, la alegría y la discreción, la comunión y la participación... Y, también, a aceptar con humildad mis propias limitaciones.

Teniendo en cuenta lo que nos decía nuestro fundador, don Rufino Aldabalde: «No pueden tender a una deserción en la vida, sino que deben estar con una penetración en ella. Han de aprovechar todos los valores de acción que existen en el medio natural» (S.A. Ch 8), para vivir la misión: «Anunciar con obras y palabra la Buena Noticia, que es Jesús, a los hombres y mujeres de hoy». Y, como dice el papa Francisco: «Ser consagrados en un instituto secular no significa refugiarse en una tierra media, sino compartir como Jesús, la condición de la gente común».

Esta experiencia de ir «caminando juntas en el IMS» me ha ayudado a vivir con esperanza y disponible para responder a las llamadas que

he ido recibiendo de Jesucristo en cada momento histórico, queriendo *responder* —desde mis posibilidades— *a las necesidades de las personas, de los grupos más necesitados y de la Iglesia.*

También, me ha ayudado a vivir y *caminar junto a otras personas, creyentes y no creyentes*, en los distintos sitios donde he estado trabajando, a lo largo de mi vida. Me ha ayudado a hacerme consciente de la «historia de salvación» que se ha ido efectuando, sobre todo, en el barrio, donde he estado inserta durante los últimos años de mi vida laboral y, donde aún sigo, hasta que el Señor quiera, como una vecina más, *intentando crear y acompañar espacios de fraternidad y de ayuda mutua.*

MAITE ALMANDOZ ECHEVERRÍA
Instituto de Misioneras Seculares (IMS)

TESTIMONIO DEL ORDEN DE VÍRGENES CONSAGRADAS

Caminando juntos ha sido y es también el lema de mi vida pues, siempre, desde la adolescencia, me he sentido miembro de un pueblo, el pueblo de Dios que camina con sus luces y sus sombras, sus logros y sus fracasos teniendo la mirada y el corazón puestos en su Señor y con los pies bien afianzados en una tierra que es tarea y misión.

Agradezco profundamente haber nacido en el seno de una familia católica, cuya fe lo impregnaba todo. Caminando junto a sus miembros se asentaron los cimientos de mi vida y fueron naciendo en mí los deseos de una entrega total al Señor.

El paso por la universidad y mi profesión como docente (profesora de matemáticas en un instituto público) me han hecho caminar también junto a personas no creyentes con las que aprendí a escuchar, dialogar y sobre todo a ver que es mucho más lo que nos une que lo que nos separa.

Años de una constante búsqueda de Dios, de amor por la docencia, de trabajo pastoral en distintas parroquias y desde hace seis como directora de Cáritas diocesana de Albacete. En esta etapa de mi vida agradezco profundamente al Señor el regalo inmenso de caminar junto a tantos agentes de Cáritas, sacerdotes, consagrados y laicos, que me han hecho descubrir el rostro del Señor en sus hijos más vulnerables y empobrecidos. Años de duro trabajo pero de una gran alegría por ser testigo de tantos milagros cotidianos de generosidad y superación.

Hoy, en la madurez de la vida y a más de diez años de mi consagración, agradezco profundamente a Dios el haberme concedido caminar al lado de una pequeña comunidad de laicos de espiritualidad ignaciana, la CVX de Albacete, en la que comparto vida y oración y junto a la que sigo aprendiendo a «buscar y hallar a Dios en todas las cosas y a todas en él».

ROSA M.^a GARCÍA FERNÁNDEZ DE SEVILLA, V.C.
Ordo Virginum. Diócesis de Albacete

TESTIMONIO DE NUEVAS FORMAS DE VIDA CONSAGRADA

Somos Germán y Ana María, matrimonio de la Fraternidad Misionera Verbum Dei. Tenemos cuatro hijos y vivimos actualmente en Madrid. En los treinta y cinco años de vida misionera hemos estado destinados en diferentes ciudades, compatibilizando el trabajo en la escuela con nuestra dedicación a la oración, a la educación de nuestros hijos y al ministerio de la Palabra con el objetivo de formar apóstoles de Cristo.

El tiempo de la formación inicial lo vivimos con la conciencia de querer responder a la llamada de Dios con la mayor responsabilidad y disponibilidad posibles. Los estudios de Teología, primero en el ITVD San Pablo (Madrid) y luego en el Instituto Juan Pablo II (Roma) nos fueron preparando para el trabajo apostólico, que después se ha traducido en distintas tareas misioneras y de servicio a la evangelización con particular dedicación a la formación de otros matrimonios misioneros.

Desde que conocimos la Fraternidad nos atrajo el trato familiar con Dios, el testimonio de vida evangélica de los hermanos y la predicación de la Palabra que nos pone en contacto con Cristo. Fue una gracia muy especial conocer a nuestro fundador. Y ser herederos de las promesas que el Señor le hizo un día a nuestro padre en la fe, don Jaime Bonet, nos mueve a la fidelidad creativa en la transmisión del carisma recibido.

Nuestra primera «ecografía» apareció hace veinticinco años en VC 62 donde se habla de un «camino de santificación al cual no es ajena ciertamente la acción del Espíritu Santo, infinitamente rico en sus dones e inspiraciones». Junto con los célibes y presbíteros de la Fraternidad, como matrimonio misionero nos dedicamos a vivir el carisma de «*la oración y el ministerio de la Palabra*» (Hch 6, 4) expresando de esta manera la comunión de los diferentes estados de vida en una única institución de la Iglesia.

Es a los hermanos y hermanas en la fe a quienes les hemos pedido que nos ayuden, y con los que nos hemos comprometido a formarnos y capacitarnos, más y más, para desempeñar fielmente la misión de predicar el Evangelio de Jesús por todo el mundo. FIAT.

GERMÁN Y ANA MARÍA, MATRIMONIO MISIONERO
Fraternidad Misionera Verbum Dei

TESTIMONIOS

«La entrega para siempre»

*¡Contigo, Señor, para siempre,
caminando junto a mis hermanos y hermanas!*

Cuando echo la vista atrás todavía recuerdo con cariño y emoción el día en que me despedí de «mi gente», cerré mi casa, regalé mi coche y abrí una puerta bien diferente en mi vida: la de la vida religiosa. Han pasado ya once años de aquel momento, justo después del cierre de la Puerta Santa en Santiago de Compostela. Hoy solo tengo agradecimiento, alegría y certeza de estar en manos del Señor. El 22 de enero de 2022, celebrando el Domingo de la Palabra, hice los votos perpetuos.

«A fuego lento», el Señor me ha traído hasta aquí atravesando mi vida con su amor y misericordia, de manera que esta experiencia honda y real me confirma que «él es el sentido de mi vida» y que no me concibo sino es consagrada a él para siempre en la Congregación de las Hijas de Jesús, siguiendo el carisma de la madre Cándida, compañera de camino.

Desde el año 2011 hasta hoy, he vivido muy diversas experiencias y en cada una de ellas, unas veces con gozo y otras con dolor, «el Señor ha hecho obras grandes en mí». He tenido la oportunidad de conocerle más y más a él, de conocer más a la Congregación y de conocerme más a mí misma. De esta manera el mes de Ejercicios que hice en julio de 2021 fue una experiencia profunda, real y realista en la que experimenté que el Señor atravesaba mi vida de forma que solo puedo decir: «Hágase». Junto a Jesús he hecho una relectura profunda de mi vida y una renovación de su llamada y de mi respuesta. Ahora, con alegría, conmovida y muy agradecida, afirmo humildemente que él es el sentido de mi vida y que ha sellado en mi corazón una nueva alianza: soy suya, le pertenezco y es mi determinación deliberada consagrarle mi vida como Hija de Jesús.

Mi sí en la Iglesia es un sí al proyecto de Dios, un sí a vivir, consciente de mis limitaciones, con él y como él. Me ha regalado muchos dones que pongo a su servicio para ser instrumento, porque no se trata de mí y de mi lógica, sino de vivir su misión: ser suya, evangelizar a su modo, comunicar su Palabra.

Hoy es una locura consagrar la vida al Señor. Realmente es una locura. Nuestra sociedad valora la posesión, el consumo, la independencia total, el usar y tirar (cosas y personas)..., y yo soy llamada a tener por modo de proceder el discernimiento, a vivir a la escucha de su Palabra, a obedecerle a él a través de la mediación de las superiores, a entregar mi persona al Señor y no pertenecer en exclusiva a nadie, a poner toda mi energía vital en su misión, a no poseer nada, a estar disponible para ir a cualquier parte del mundo y para realizar cualquier servicio... Esto es lo más contracultural que hoy puede existir: la lógica de Dios es el servicio y en esta dinámica para subir es necesario bajar, para crecer es necesario disminuir. De esta forma, hoy trabajo en la revista *ECCLESIA* y mañana podría entregar mi vida en cualquier otro servicio diferente y ajeno a mi profesión. De ahí la necesidad de vivir ligera de equipaje, usando las cosas en función de la misión, sin apropiarme de ellas y dependiendo de una mediación. Cuando en nuestra sociedad la imagen personal y el poder son señas de identidad, el Señor me llama a vivir saliendo de mi propio amor, querer e interés para anunciar el Evangelio y denunciar las injusticias, aunque se dañe mi honor.

Esto solo se puede vivir con él, desde él y en camino con tantas personas que entregan su vida en la Iglesia desde su vocación concreta. Mi profesión perpetua se enriquece al verme peregrinando con otros consagrados y con laicos que alientan mi vocación, me contrastan y me llevan al Señor. Discernir juntos es el mayor regalo que he podido tener en la Iglesia. Por eso, hacer los votos durante la primera fase del camino sinodal es una invitación constante a escuchar a otros, a salir a los caminos de nuestra realidad y descubrir las necesidades de tantos hermanos nuestros.

Desde que él ha puesto en mí este deseo del «para siempre», hay una fecha que me ha iluminado aún más: El Domingo de la Palabra. Esta solemnidad identifica mi vocación religiosa y el don particular que el Señor me ha regalado. Soy Hija de Jesús enviada a escuchar y comunicar su Palabra buscando la comunión en la Iglesia, dando voz a los sin voz, facilitando que las personas pongan en juego los dones regalados y reactualizando el lenguaje al mundo de hoy.

«Un compromiso de amor para siempre»

Paz, gozo, confianza y agradecimiento grandes. Es lo que experimenté cuando, el pasado 18 de diciembre, tuve la gracia de emitir mis votos perpetuos en el Instituto Secular Cruzadas de Santa María.

Como laicas consagradas, vivimos en medio del mundo nuestra plena consagración a Dios. Nuestra misión es evangelizar todas las realidades sociales, especialmente en la atención a los jóvenes en los campos de la educación y la pastoral universitaria. Organizamos retiros y Ejercicios Espirituales, campamentos, peregrinaciones... ¡para que los jóvenes se encuentren con su Padre Dios, que tanto los quiere!

Realmente merece la pena entregar la vida a Cristo por la salvación de las almas, especialmente jóvenes. Es un regalo muy grande haber recibido esta llamada y esta misión. Por eso, los votos no son para mí un premio ni un logro personal, sino un inmerecido y enorme don de Dios, que sella definitivamente el compromiso de amor que me hace esposa de Jesús para siempre.

Además, los votos de pobreza, castidad y obediencia son para mí una garantía de libertad. La pobreza me libera del apego a las cosas, la castidad hace a mi corazón más libre para amar a Dios, y en él, a todas las personas. Pero en esta reflexión quiero centrarme de forma especial en el voto de obediencia, puesto que emitirlo en un año en que todos los católicos nos encontramos inmersos en pleno proceso sinodal me ha llevado a poner en relación este voto con la realidad de la sinodalidad de la Iglesia.

La sinodalidad —etimológicamente «caminar juntos»— no consiste en convencer a los demás de que vayan por «mi camino», ni en despreciar o apartar a los que no van por donde yo voy. Si impongo mi criterio a todos, me resulta sencillo afirmar que «todos pensamos lo mismo y caminamos juntos». Pero el problema es que tal vez «mi camino», «mi verdad», «mi vida», no son el camino, la verdad y la vida con mayúsculas. Jesús nos dice en el Evangelio: «Yo soy el camino», por el que todos debemos caminar; y así, si todos vamos por él, todos caminaremos juntos.

El voto de obediencia supone para mí el compromiso de luchar por salir de mis propios criterios e intereses. La obediencia me libera de la esclavitud del yo, rompe los muros que me encierran en mí misma y, por tanto, posibilita mi comunión con los demás. Esto significa que la obediencia es fundamento de la sinodalidad. San Juan Pablo II, en la exhortación apostólica postsinodal *Vita consecrata* afirmaba que «contra el espíritu de discordia y división, la autoridad y la obediencia brillan como un signo de la única paternidad que procede de Dios» (n. 92).

Por tanto, mi aportación, como persona consagrada, a la sinodalidad y a la comunión en mi Instituto y en la Iglesia pasa por la obediencia, que, como dice el papa Francisco, «es la profecía contra la semilla de la anarquía que siembra el diablo [...]. La anarquía de la voluntad es hija del demonio, no es hija de Dios» (*Discurso en el Jubileo de la vida consagrada*, 1 de febrero de 2016).

MARÍA DEL PILAR FERNÁNDEZ RAMÓN
Instituto Secular Cruzadas de Santa María



TEXTOS PARA ORAR Y GUSTAR...

Vivamos este Sínodo en el espíritu de la oración que Jesús elevó al Padre con vehemencia por los suyos: «Que todos sean uno» (Jn 17, 21). Estamos llamados a la unidad, a la comunión, a la fraternidad que nace de sentirnos abrazados por el amor divino, que es único.

Todos, sin distinciones, caminemos juntos en el único pueblo de Dios, para hacer experiencia de una Iglesia que recibe y vive el don de la unidad, y que se abre a la voz del Espíritu.

*Palabras del papa Francisco
en la apertura del Sínodo, 9.X.2021*

La vida consagrada siempre es camino, es camino en contacto con la realidad y horizonte bajo la luz de un carisma fundacional [...]. Mantener vivo el carisma fundacional es mantenerlo en camino y en crecimiento, en diálogo con lo que el Espíritu nos va diciendo en la historia de los tiempos, en los lugares, en diversas épocas, en diversas situaciones. Supone discernimiento y supone oración.

¡No les tengan miedo a los límites! ¡No les tengan miedo a las fronteras! ¡No les tengan miedo a las periferias! Porque ahí el Espíritu les va a hablar. Pónganse «a tiro» del Espíritu Santo.

*Palabras del papa Francisco
en la 50.^a Semana de Vida Religiosa, ITRV, 2021*

Homilías de las Jornadas de Vida Consagrada

El Señor no nos llama a ser solistas —hay muchos en la Iglesia, lo sabemos—, no, no nos llama a ser solistas, sino a formar parte de un coro, que a veces desafina [...].

Cuando nos extraviamos viene a buscarnos, cuando caemos al suelo nos levanta, cuando volvemos a él después de estar perdidos nos espera con los brazos abiertos. Su amor no se mide en la balanza de nuestros cálculos humanos, pero siempre nos infunde el valor de volver a empezar. Nos enseña la resiliencia, el valor de volver a empezar. Siempre, todos los días. Después de las caídas, siempre, volviendo a empezar [...] haciendo camino.

Necesitamos la paciencia valiente para caminar, para explorar nuevos caminos, para buscar lo que el Espíritu Santo nos sugiere. Y esto se hace con humildad, con sencillez, sin gran propaganda, sin gran publicidad.

Homilía, 2.II.2021

Quien tiene la mirada en Jesús aprende a vivir para servir. No espera que comiencen los demás, sino que sale a buscar al prójimo, como Simeón, que buscaba a Jesús en el templo. En la vida consagrada, ¿dónde se encuentra al prójimo? Esta es la pregunta: ¿dónde se encuentra el prójimo? En primer lugar, en la propia comunidad. Hay que pedir la gracia de saber buscar a Jesús en los hermanos y en las hermanas que hemos recibido. Es allí donde se comienza a poner en práctica la caridad: en el lugar donde vives, acogiendo a los hermanos y hermanas con sus propias pobrezas, como Simeón acogió a Jesús sencillo y pobre.

Hoy, muchos ven en los demás solo obstáculos y complicaciones. Se necesitan miradas que busquen al prójimo, que acerquen al que está lejos. Los religiosos y las religiosas, hombres y mujeres que viven para imitar a Jesús, están llamados a introducir en el mundo su misma mirada, la mirada de la compasión, la mirada que va en busca de los alejados; que no condena, sino que anima, libera, consuela, la mirada de la compasión.

Homilía, 2.II.2020

Tener al Señor en las manos es el antídoto contra el misticismo aislado y el activismo desenfrenado, porque el encuentro real con Jesús endereza tanto al devoto sentimental como al frenético factótum. Vivir el encuentro con Jesús es también el remedio para la parálisis de la normalidad, es abrirse a la cotidiana agitación de la gracia. Dejarse encontrar por Jesús, ayudar a encontrar a Jesús: este es el secreto para mantener viva la llama de la vida espiritual. Es la manera de escapar a una vida asfixiada, dominada por los lamentos, la amargura y las inevitables decepciones. Encontrarse en Jesús como hermanos y hermanas, jóvenes y ancianos, para superar la retórica estéril de los «viejos tiempos pasados» —esa nostalgia que mata el alma—, para acabar con el «aquí no hay nada bueno». Si Jesús y los hermanos se encuentran todos los días, el corazón no se polariza en el pasado o el futuro, sino que vive el hoy de Dios en paz con todos.

Sois por tanto el amanecer perenne de la Iglesia: vosotros, consagrados y consagradas, sois el alba perenne de la Iglesia. Os deseo que reavivéis hoy mismo el encuentro con Jesús, caminando juntos hacia él; y así se iluminarán vuestros ojos y se fortalecerán vuestros pasos.

Homilía, 2.II.2018

Oramos los unos por los otros

Estamos ante ti, Espíritu Santo,
reunidos en tu nombre.
Tú que eres nuestro verdadero consejero:
ven a nosotros, apóyanos,
entra en nuestros corazones.
Enséñanos el camino,
muéstranos cómo alcanzar la meta.
Impide que perdamos el rumbo
como personas débiles y pecadoras.
No permitas que la ignorancia
nos lleve por falsos caminos.
Concédenos el don del discernimiento,
para que no dejemos que nuestras acciones se guíen
por prejuicios y falsas consideraciones.
Condúcenos a la unidad en ti,
para que no nos desviemos del camino
de la verdad y la justicia,
sino que en nuestro peregrinaje terrenal
nos esforcemos por alcanzar la vida eterna.
Esto te lo pedimos a ti,
que obras en todo tiempo y lugar,
en comunión con el Padre y el Hijo
por los siglos de los siglos. Amén.

